ISSN 2659-9139 e-ISSN 2659-9198 | Diciembre 2020 | 04.VAD

Feo. Horroroso. Para demolerlo

Ugly. Horrifying. To demolish it

Ekain Jiménez Valencia
Investigador independiente. Arquitecto titulado por la Universidad de Navarra

Feo. Horroroso. Para demolerlo.

Así se valora muchas veces el edificio contemporáneo, según la crítica tipo de la persona tipo de nuestra sociedad actual. La barrera que existe entre la percepción de un edificio moderno por parte de los arquitectos o de lo que yo denomino gente normal se muestra a veces como un abismo insalvable.

No tienes ni idea. Es una obra publicadísima. Quizá deberías leer más.

Estas y otras réplicas similares por nuestra parte amplían esa frontera que entorpece el sentido constructivo de la práctica dialéctica en torno a la crítica arquitectónica.

Las redes sociales funcionan como un canal perverso: facilitan la comunicación, pero esta se desarrolla a través de mensajes con poco fondo y largo alcance, sobre un objeto que a menudo es sólo aparente —apenas una fotografía— y, por lo tanto, en esencia desconocido para el espectador, quien dispara mensajes indiscriminadamente contra un receptor que a menudo pertenece a una realidad diferente.

¿Es posible perfilar unas pautas en pocas palabras para liberar el ejercicio de la crítica arquitectónica de este escenario de ruido homicida que nos salpica a todos? Veamos.

La crítica sobre un edificio comporta un juicio individual que por lo pronto es estético. Aunque un edificio sea función y construcción, el primer comentario es sobre la forma porque surge a golpe de vista. Rara vez va más allá. Lo que queda es un comentario sobre lo aparente y sin medias tintas.

Un 'megusta'. Un 'nomegusta'.

Figura 1. Polideportivo de la Alhóndiga en Getafe (Madrid, 2003). Autores: Miguel Fisac, Sara González, Blanca Aleixandre y Leonardo Oro (arquitectos) y Fernando Sánchez-Mora (aparejador). Fotografía: GMaps. Editadas por el propio autor, y titulada Fisac, amordazado, NS1

La crítica, si pretende buscar cierta verdad, ha de hacerse sobre el edificio y su contexto, no sobre la mera forma con la que se envuelve. El primer comentario trata, por lo tanto, sobre cómo ver. Si lo aparente es enemigo de la verdad habrá que rebuscar con calma entre los recovecos del edificio. Pero los análisis complejos no son bienvenidos: quitan tiempo y la pretendida claridad del mensaje se atenúa.

Por otro lado, los conocimientos del crítico, necesarios para emitir un juicio cercano a esa suerte de verdad, no son ya bienvenidos en un momento en el que la democratización de la opinión está anulando el sentido de autoridad de quien se ha formado para emitir un juicio acreditado.

Se da la siguiente circunstancia paradójica:

- El crítico aficionado no dispone de tiempo o interés para indagar en la realidad del edificio. No quiere comprenderlo para así poder valorarlo.
- Pero ese crítico aficionado, además, deslegitima la opinión autorizada de las personas expertas que perfilan si un edificio es interesante o insustancial.

De tal forma, si edificios brillantes se esconden bajo formas ingratas, y edificios mediocres lucen unas vestiduras mentirosas pero asombrosas, los arquitectos no encontramos el momento y la manera de arrojar luz.

Tampoco nos lo permiten. Lo bueno puede aparentar fealdad, lo malo puede apestar a belleza. Los observadores sin querer comprenderlo y nosotros sin poder explicarlo. Y en el paisaje construido, buenos edificios ninguneados, vapuleados, muralizados... conviven entre hitos huecos que son mediática y populosamente ensalzados.

El segundo comentario trata sobre cómo hacer crítica: una vez conocemos y comprendemos el edificio, somos capaces de apreciar los valores que atesora. Podemos emitir un juicio. Y esto solo es posible construyendo un discurso consistente y pedagógico que legitime el edificio.

Como es evidente, los edificios malos ceden y caen en su propia inconsistencia. Porque la consistencia es la buena imbricación de esa forma con la función, la construcción, pero también el contexto físico, social, económico y sobre todo cultural.

Figura 2. Polideportivo de la Alhóndiga en Getafe (Madrid, 2003). Autores: Miguel Fisac, Sara González, Blanca Aleixandre y Leonardo Oro (arquitectos) y Fernando Sánchez-Mora (aparejador). Fotografía: GMaps. Editadas por el propio autor, y titulada Fisac, amordazado, NS2

Tenemos que ser capaces de explicarlo:

- Reclamemos valoraciones argumentadas y desterremos el 'me-gustismo'. Dotar la crítica de argumentos es darle consistencia al relato sobre el edificio. Evitemos, impidamos con réplicas razonadas, la crítica destructiva que tanto se ha naturalizado. Desmontemos las falacias y salpicaduras dispersas que sólo pretenden desmontar el objeto o el personaje oponente. Debemos redefinir el espacio para la crítica.
- Cuando la crítica no se explica con argumentos, se está dando una 'opinión en el aire' no fundamentada, llegando a veces al insulto cultural. Esa opinión en el aire, arbitraria, es la única relación entre el observador y el edificio. Uno podrá tener el derecho de emitir esa opinión, pero quizá no tenga derecho a exigir que esa opinión se merezca ningún respeto[1].
- Reclamemos el principio de autoridad sin complejos: los edificios modernos[2] o contemporáneos de interés son aceptados como obras de calidad por un consenso mayoritario de expertos de todos los ámbitos relacionados con la arquitectura, juicio que no admite duda. Los edificios indubitados, como Velázquez o Kandinsky, no admiten discusión. El Escorial podrá parecerle feo a una persona, pero no hay derecho a decir que es feo. Esta contundencia es compatible con la actitud pedagógica y extenuante de explicar los valores de un buen edificio.
- Siendo contundente en estas dos ideas, la ofensiva ha de ser didáctica y positiva.

Finalicemos subrayando el fin último de la crítica. Apunta Josep María Montaner en *Arquitectura y crítica*[3], su brevísimo pero determinante ensayo sobre cómo hablar de los edificios, una idea que es fundamental para abrirse camino en el ejercicio de la crítica, como es el compromiso ético de esa actividad:

> *la opinión personal de un especialista tiene como objetivo entrar a formar parte de la voluntad colectiva.*

Lo que un crítico piensa de una obra quiere que lo piense la sociedad. Ahí es nada. El crítico no quiere —no debería— hacer uso de la crítica si no es para enseñar lo que un objeto aporta al bien común o al beneficio de la sociedad[4].

Figura 3. Polideportivo de la Alhóndiga en Getafe (Madrid, 2003). Autores: Miguel Fisac, Sara González, Blanca Aleixandre y Leonardo Oro (arquitectos) y Fernando Sánchez-Mora (aparejador). Fotografía: GMaps. Editadas por el propio autor, y titulada Fisac, amordazado, NS3

1 Decía Gustavo Bueno: "Yo no puedo respetar la opinión de alguien que me está diciendo que es Napoleón o que tiene relación directa con el Espíritu Santo; si alguien afirma como verdaderas proposiciones que son indemostrables, me está insultando". Mercedes Soriano, "La insumisión de un filósofo", diario *El País*, 28 de enero de 1989. Fuente: https://elpais.com/diario/1989/01/28/cultura/601945201_850215.html (consulta: 30 de noviembre de 2020)

2 Cabría señalar, siempre que se menciona la arquitectura moderna o contemporánea, cuál es la distinción entre ambas. La denominada arquitectura moderna, *grosso modo*, es aquella que se desarrolla entre los años 20 y 70. Cuando hablamos de arquitectura contemporánea, nos referimos a la actual. (Nota necesaria si el lector es no especializado).

3 Montaner, Josep María. *Arquitectura y crítica*. Barcelona: Gustavo Gili, 1999.

4 Este artículo fue redactado semanas antes de la perpetración de otro vandalismo institucional hace escasos días: la realización de un colorido mural en la fachada de piedra caliza del centro Cívico de Nanclares de la Oca (Álava), obra de los arquitectos Roberto Ercilla y Miguel Ángel Campo. El edificio, de 1996, fue seleccionado para la IX Bienal de Arquitectura de Venecia y la quinta Bienal de Arquitectura española.